

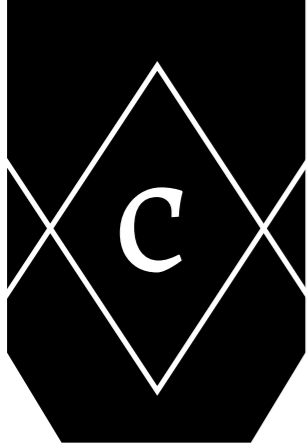


● JAVIER COTO SORIA

Cuando cruje el tiempo a oscuras

El islote Ananqué es un sitio de enigmas ásperos. Un sitio que ofusca la mente y descompensa la paz interior. Solo tengo recuerdos sólidos de este lugar. Me han contado que muy cerca de dicha porción de tierra se extienden islas salvajes y fragmentadas. Mi visión revela otra verdad. Aquí solo hay tres edificios desmadejados y una casa en ruinas. Hay también un bosque blanco de árboles asediados por el salitre y un clima efervescente con nubes que vagan sin rumbo y se lamentan sobre nuestras cabezas. Mis padres, Satís e Idros, me permiten desandar los terrenos, siempre y cuando me aleje de los barrancales. No hay mucho más para ver. ¿El astro atenuado? No son poco frecuentes las jornadas de aburrimiento, la quiescencia sombría, el silencio adulterado. Voy a describirles, tan brevemente como esté en mis manos, mi rutina, procurando no olvidar los detalles esenciales, esos que autentifican la ineludible monotonía.

Cada noche me despierto con la salida de las estrellas. Apenas tres de ellas comienzan su juego, mis párpados se mimetizan en el acto. Entonces miro el cielo aún bañado por el naranja e intento penetrar el horizonte casi disuelto. Busco sin descanso un color sobre las olas que no sea el marino. Algo que dilate mis pupilas. Pasada una hora, un dolor artificial se clava en mi cabeza y destruye el anhelo. Me despego de las sábanas y estiro las piernas para dejar atrás las diez horas de sueño. Al reunirme con mi familia en el salón, todo huele a ácido metal. Mis padres lideran la mesa en un extremo y, en el otro, están Zira y Yelis; luego estoy yo. En ese instante los veinte núcleos del islote están llevando a cabo el mismo ritual. En los platos hay papilla de corteza, calamares y algas (unas más correosas que otras). Ingerimos cada uno de los alimentos que pretenden nutrir y nos alistamos para la realización de los quehaceres diarios. Mi labor,



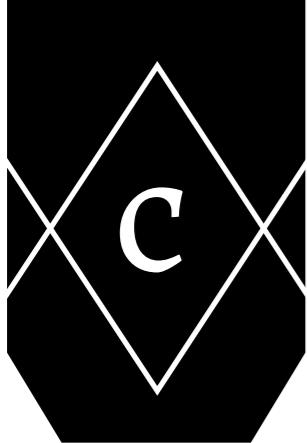
bastante inusual, consistía en colocarme un traje impermeable y dirigirme hasta el cuarto de los estanques: lugar lleno de peceras de vidrio, enormes, algunas de dos metros de alto por dos y medio de ancho.

Las peceras estaban deshabitadas, rebosantes de agua. Mi cometido era sumergirme en cada una de ellas y aplicar una sustancia cremosa en las paredes. Era un trabajo realmente difícil, pues solo puedo mantener la respiración por cuarenta y dos segundos y debía cubrir hasta el último milímetro de los treinta recipientes. En dependencia de mi estado físico, la faena podía tardar horas. La verdad es que las peceras no estaban estrictamente deshabitadas. Al parecer, desde mi nacimiento fui portador de una discapacidad que no me permite tener una percepción visual del todo plena. Recuerdo cuando Yelis cumplió seis años y pidió que la llevaran a ver los flulis durante el día. Los flulis eran esas enormes peceras que en un futuro estarían bajo mis cuidados, o eso creía yo. Yelis se acercaba hasta las paredes de vidrio y hacía extraños movimientos con la cabeza, como saludos fraternales. Zira también hacía caras graciosas que se reflejaban en el cristal, un tanto deformadas, lo suficiente como para mantenerme entretenido unos minutos. Al transcurrir algo de tiempo, todos seguían entusiastas frente a los flulis y mis pa-

dres no paraban de sonreír. El aburrimiento se apoderó con prontitud de mi mente infantil y di una rabieta como nunca antes. Todos parecían sorprendidos con mi apatía e intentaban acercarme a los flulis para confortarme. Mi berrinche alcanzó proporciones colosales y golpeé con fuerza las paredes de uno de los estanques a puño cerrado. Me observaron con aprensión y me reprendieron. Al parecer les había hecho daño a las pequeñas criaturas prisioneras que danzaban en las aguas. Desde ese día fue evidente que yo no era capaz de ver a los flulis. Para mí solo se trataba de estanques vacíos y mucha cataplasma purificadora que aplicar.

Mi segunda actividad diaria era subir hasta el faro de Ananqué. Eso significaba básicamente volver a la seguridad de mi habitación en lo más alto del islote, donde se divisaban la plenitud y la nada. Idros era inflexible con respecto a esta segunda actividad, pues al parecer a esas horas los rompientes embravecían y podían cubrir parte de la isla, como sucedió años antes de mi nacimiento. Aun así, era yo el único que respetaba al dedillo dicha norma. En el faro me impacientaba por otras dos horas que empleaba leyendo mi libro preferido (mi tesoro privado), Los lazos en las puertas. Era un libro relativamente breve con muchas historias que con cada lectura me ofrecían

nuevas versiones de sí mismas. Incluso cuando las palabras no cambiaban, cobraban frescos y ensortijados significados; se entrecruzaban místicamente, quizás por el efecto de una visión incompleta. Mi historia favorita era la de un chico que no podía caminar. Se pasaba las noches y los días lamentándose, derramando millones de lágrimas, con desazones que lo atacaban sin cuartel. Y en los lapsos menos amargos él admiraba sus vencejos, esos que volaban fuerte y claro en los cielos de papel tapiz en su habitación. Una noche gélida, con fuertes vientos, por fin respondieron sus piernas. Comenzaron a temblar ateridas. El joven se sintió por vez primera afortunado. Puso los pies en el suelo e intentó andar. Pero al dar el primer paso se dio de bruces contra las baldosas. Una fina capa congelada bajo sus pies lo hizo resbalar. Eran sus propias lágrimas solidificadas por el vendaval. Una punzante sensación llegó hasta su espinazo. No pudo reincorporarse. Se arrastró hasta el borde de la habitación y tiró del papel tapiz. Lo rasgó lentamente y acercó las figuras dibujadas hasta sus ojos. Los vencejos, profusamente delineados, no tenían lagrimal. Siempre que leía esta historia sentía ganas de tomar una siesta y generalmente lo hacía, hasta que la siguiente tarea palpataba en mi cabeza. Tenía que ir al bosquecito a cultivar brotes



grises. Con ellos se hacía la crema para los flulis y una asquerosa bebida que borraba el cansancio. Más tarde tenía que limpiar los mariscos recolectados por los ancianos en la juventud de la noche. Así concluía mi jornada. El resto del tiempo a oscuras me lo pasaba en los lodazales, capturando renacuajos para después ver cómo les salían las patas. Esta solía ser mi rutina, pero hace un año las puertas dejaron de abrirse en el sentido habitual.

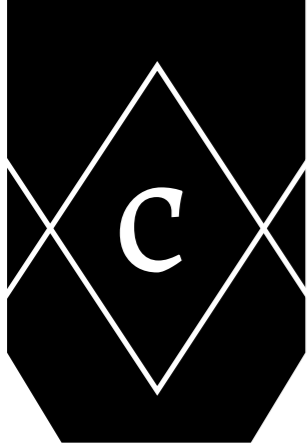
Cuando desperté la primera noche del pasado septiembre mi cuarto estaba repleto de una neblina finísima, que más bien parecía polvo. El mar se había roto. Las estrellas dormitaban entre almohadones de cumulonimbos y los vestigios de atardecer se habían desdibujado. Los picos de las olas eran pájaros que al unísono abandonaban las ramas. Sentí la necesidad de tomar el libro de historias y abrirlo en mi pasaje predilecto. Fue una lectura voraz. No comprendí una palabra. Me pareció un ríspido absurdo. Tomé un lápiz de pasta y garabateé con marrón el título: «Mi piedad». Bajé tres pisos de los diez que tenía el edificio, y me uní al desayuno. Yelis no estaba con nosotros. Al parecer el mal clima la había enfermado. Mientras tragaba mi papilla la garganta se me fue acalorando y la lengua se me hinchaba más y más. El mal tiempo hacía estragos en los cuerpos de los que habitaban Ananqué, donde el calor era nuestro templo.

Al terminar el ritual conduje mis pies hasta la planta baja. Allí me coloqué el disfraz y me sumergí en los estanques de los flulis para aplicar el pastoso producto. Comencé por las esquinas casi inaccesibles y luego me ocupé del fondo. Mientras acariciaba el cristal horizontal no podía dejar de pensar en la historia. En la delicada superficie forjada con lamentaciones. Podía ver el rostro del joven inválido. Sus pupilas rellenas de siena y los rasgos huesudos de los pómulos. Los labios deshidratados y la cabeza con una alfombra de escaso cabello opaco. Me sentí agobiado por la imagen. Su habitación aparecía ante mí como una verdadera revelación. La madera barnizada del camastro, las sábanas amarillas, un cojín tan fino como rueda de limón. El vencejo descolorido con una flor adornándole la cola. La sensación de desesperación aumentaba y entonces recordé que solo podía estar bajo el agua por cuarenta y dos segundos. Intenté salir a la superficie, pero era muy tarde.

El agua había entrado en mis pulmones y la afectación me caló insidiosamente. Muchas imágenes relampagueantes surcaron mi vista y el rostro de Yelis quedó frente a mí. Cuando me enjuagué la mirada cada uno de sus trazos se hicieron nítidos: nariz delgada, dientes pronunciados, cabellos soli-

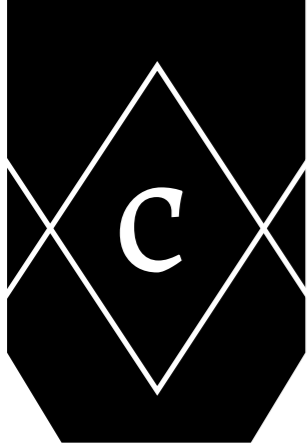
tarios y rubios, dos luceros verdes en una base pálida. Ella me llevó hasta mis padres. Me sequé del todo y Satís colocó una corona de hierbas medicinales en mi frente, con un fuerte aroma que como tentáculos de hierro forzaban mis aletas nasales a expandirse. Me dieron el resto del día libre para que me recuperase lo antes posible y no se generasen disturbios en el itinerario de la siguiente jornada.

Me limité a conciliar el sueño. Pero luego pensé que esa era una magnífica noche que no podía desperdiciar por nada ni nadie, ni por un resfrío, ni por un cuento que se perdía a sí mismo. Decidí salir a explorar el bosque blanco y los senderos tras los lodazales. No había luna evidente y la cabeza me hacía mecirme de un lado a otro en una especie de contoneo espasmódico. Seguí el ruido de algunos insectos y me propuse atraparlos para dárselos de comer a mis sapos. En un parche de hierba me abalancé sobre uno, pero resulta que mi parche era una trampa natural, un hueco en el suelo revestido por maleza. Resbalé a través de una oquedad, no muy empinada, pero bien cubierta de lodo, de modo que me arrastró por varios minutos. No me lesioné demasiado y descubrí una serie de peldaños que las estrellas hacían fulgurar. A mi derecha solo había mar y una caída aguda desde la altura.



Seguí el camino esperando llegar a un antiguo pesquero, mas lo que hallé no era nada similar. La pared de piedra, el pedazo de isla a mi izquierda, iba tomando colores más claros mientras descendía. A cada paso parecía invaginarse, dándole a Ananqué la forma de una gran copa rebosada. Bordear la isla con el viento en la espalda era algo fuera de mi rutina. Anduve y descendí cuanto pude, hasta que noté el nacimiento de ampollas entre mis dedos. Al cabo de unas cuatro horas, quizás cinco, estaba muy cerca del agua. En la base de la isla, en su surgimiento sobre el reflejo salado, la piedra sólida se desvanecía en brillantes gemas doradas. Me acerqué un poco y acaricié sus pulidas superficies. El tacto era pegajoso, desagradable. En una de las gemas surgieron ojos negros, espejos de todo lo que me circundaba. Casi pierdo el equilibrio. Volví a tocarlas y muchos ojos despertaron en las rocas, cual floración simultánea de primavera. No quise averiguar de qué se trataba. Regresé sobre mis pasos hasta la planta baja del edificio D. Cerré las puertas y escurrí el sudor de mi frente. Me acomodé en el suelo, recostado a uno de los estanques que desprendía un azul claro gracias a las luces instaladas en su interior. Los estanques eran la única lumbre en la habitación. Me descalcé y mis tobillos se sintieron aliviados, al igual que todo mi ser. El resfriado estaba avanzando y como un extraño obsequio del malestar la lengua casi no me cabía en la boca. Afuera se escuchaba el estruendo del oleaje danzando en los brazos de una tormenta. Después de una tregua la marea jugaba con la tierra. Debía ser la hora que Idros consideraba hospitalaria para los desastres. Yo estaba muy cansado para subir hasta el faro. Ni





siquiera podría mantenerme en pie hasta el amanecer. El canto del mar era horrible, aterrador. Pensé en las extrañas criaturas de antes y en si estarían bien al paso de semejante tempestad. Tenía que preguntarles sobre esos seres a mis padres. ¿Cómo era posible que sostuviesen el peso de la isla? Todo Ananqué vibraba con el frágil gruñir de los cimientos construidos.

El sonido llegó a ensordecirme mientras azotaba mis tímpanos en ráfagas implacables. El núcleo de la isla estaba débil ante la tormenta, y mi cuerpo comenzó a sumergirse en terremotos. Pensé en lo que pasaría si las olas me alcanzaban, derribando cada una de las ventanas de madera, colándose espumosas por los agujeros más estrechos. Mi cuerpo zarandeado a merced de una fuerza anónima. Castigado en el seno burbujeante. Mis extremidades se doblarían hasta romperse del todo y reviviría la sensación más cruel: el oxígeno abandonando un cascarón podrido. Cultivos arrancados por el monstruo ahogador. Árboles desprendidos de raíz. Podía escuchar las últimas notas de la música orquestada por insectos del bosque. Alaridos distantes. Esos típicos alaridos que se escuchan cuando ya no hay escapatoria y la muerte nos mira de frente.

Ese doloroso boceto iba haciéndose cada vez más real en mi espejismo. La materia zumbaba fatigada por el asedio gratuito. Mi temperatura estaba lo suficientemente alta como para pro-

vocar que hasta el más diminuto vello en mi piel se erizara. Las imágenes seguían persiguiéndome; admiré la impetuosidad acuosa reventando las peceras. Los flulis se dispersarían siendo arrastrados por corrientes ariscas... Trozos de vidrio giraban sin eje aparente y las plantas se inundaban de una en una. Solo el faro, el culmen virginal, se mantendría a salvo. Tenía que ser. Era lo que Idros tantas veces había transformado en ley. Lo que se encontraba tallado en piedra. Volví en sí por unos segundos y una onda templada rozó mis deltoides. Era un soplo de verano denso que venía del cristal gastado. Me volteé y un centenar de negros ojos me observaban. En el estanque de los flulis nadaban cientos de criaturas doradas, flotando grácilmente, evocando los rayos del sol despierto.

junios



Javier Coto Soria, licenciado en la carrera de Historia del Arte de la Universidad de La Habana.